

LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA RINDE HOMENAJE A LA MEMORIA DEL GENERAL EN JEFE JOSE ANTONIO PAEZ EN EL BICENTENARIO DE SU NACIMIENTO

(ACTO CELEBRADO EN LA ACADEMIA NACIONAL DE
LA HISTORIA EL DIA 7 DE JUNIO DE 1990)

Por J. A. DE ARMAS CHITTY

JOSE ANTONIO PAEZ, DOS SIGLOS DESPUES

El viento de la llanura, con el hombre a galope, está poblado de imprecaciones y lamentos, de crines prensadas, de sol quemando los aceros. Fue este escenario el molde natural donde se forja la voluntad de José Antonio Páez. El se gradúa, por años, en esa vida ruda, que es comunidad de peligros y escuela de malicia y aguante. De tarde en tarde la tormenta, y por junio la tolvanera levanta su pie oscuro y la inmensa agua en cólera paraliza al mundo. Todo esto lo sabe el llanero desde la infancia y eslabona con violencia su carácter. Solamente la copla, como una válvula de escape, una válvula con música, coronará la frente del rebaño. Luego el amor encenderá júbilos con sus penachos de pascuas y clavellinas. Todo un poema escribe el hijo del llano desde el momento en que voltea en el aire al lebruno, ordeña temprano sus reses, y el hato, como una universidad, en vez de diplomas, entrega a sus graduandos látigos, sudaderos, sogas y falsarriendas. Algo de esto dice Páez en su *Autobiografía*, una Biblia llanera que debiera leerse a todos los niños del mundo.

Muy difícil será explicar mañana las hazañas de este hombre: cómo agota la audacia e interpreta el pensamiento militar de Bolívar; cómo ocurre el asalto fluvial en Las Flecheras bajo el fuego del cañón realista y las trincheras movibles de los caimanes; el regreso brutal en Queseras del Medio, donde solamente la lanza de Rondón abrió cinco espinazos enemigos; cómo arde el pajonal en Mucuritas, cuando Páez ordena al viento y al fuego que exterminen al contrario; aquellos asaltos junto al Matiyure, bajo el estruendo de caballos cimarrones que arrastraban cueros secos en las colas; cómo penetra en Carabobo bajo el ojo de Bolívar, por aquella angostura que era una pica de muerte, entre las avenidas de balas del Burgos, el más valiente batallón de España. Decir todo esto dentro de dos siglos y atribuir el éxito al valor, hará sonreír a las gentes. Para explicar el hecho, será necesario apelar a fuerzas desconocidas, al prodigio, a lo inesperado,

y no otra cosa fue la vida de este hombre extraordinario, cuando tendido en su rucio mosqueado y lanza en ristre, amarre el horizonte a la cola de su caballo. Solamente una nueva *Ilíada* podrá narrar sus proezas. También hubiese podido decir Páez como Dzhangar, el héroe tártaro de finales de la Edad Media:

He atado toda mi existencia a la punta de mi lanza.

La Academia Nacional de la Historia, que es memoria y razón de los hechos, viene hoy, a dos siglos de su nacimiento, a rendir homenaje a José Antonio Páez, venezolano de llanura, adolescente alzado, becerrero de hatos, capitán de rebeldes, General en Jefe, Jefe Civil y Militar, Primer Presidente de la República, Jefe Supremo, creador y atropellador de constituciones y el más brillante general de caballería.

Hoy, triste es decirlo, cuando la inmortalidad es propietaria del héroe, no hay una biografía aceptable suya. De los trabajos publicados, ninguno de ellos interpreta la figura que Páez eleva al heroísmo, ni se exalta su desinterés al despojarse de los arreos militares e invitar a los civiles a que le acompañen en aquella República que le fue naciendo de las manos como por milagro. De tales libros, el que no peca de elogios excesivos, bordea la diatriba, y la historia es análisis, medida, exégesis de la verdad. Páez no fue más que un venezolano tallado por la violencia, que se inclinó un día ante la ley y la olvidó años después y que a medida que se enteraba del hecho político y del hecho cultural, se fue superando. Admirable la obra cumplida por el prócer hasta 1846: defensa a ultranza de la Venezuela que pacíficamente buscaba su autonomía, empleo de hombres honestos en su gobierno; obediencia ante la elección del candidato ajeno a sus simpatías y restitución del mandatario depuesto; promoción de la cultura escrita y respeto absoluto por la libertad de prensa.

A Santander dijo, hacia 1826, en respuesta a una carta principista del Vicepresidente.

Veo claramente los males a que está expuesta la República, y los que puede causar una resolución que acaso el Congreso pueda abrazar con imprudencia, creyendo que la fuerza está en las leyes.

Respuesta dura y errada, pero sincera. En el fondo una ironía hacia el Vicepresidente, quien creyéndose el *hombre de las leyes*, como en un momento de generosidad le llamó el Libertador, acaba de hacer ultimar en el patíbulo, por una chanza ligera, en un juicio célebre por sus sentencias amañadas, según historiadores colombianos, al coronel venezolano Leonardo Infante.

En Páez, el gesto noble sucede al gesto duro. Su prestigio no se formó de blanduras. El sabía que los lanceros de aquellos terribles batallones se habían quemado los ijares al lado de Boves, y por eso, como éste, tuvo que ser condescendiente con sus subalternos: de otra manera no le hubiesen seguido. La carta de 1827 del general Miguel Guerrero para el Libertador relata múltiples desmanes de Páez y de Aramendi, quien buscó a Guerrero para ultimarle y éste, bajo aviso, le eliminó a tiempo. Así lo participa con toda llaneza a Bolívar y con cierta ironía agrega que ahora Páez quiere cobrarle esa muerte.

Cuántas veces el Libertador miraría el oscuro abismo que tenía por delante. Cómo luchó por educar a aquellos hombres plasmados por el medio. Cómo se hundiría en largos desvelos pensando en el fondo turbio y tremendo de estos hijos del Llano.

Quien sucede a Boves en el comando de las mesnadas llaneras tenía que ser un hombre probado en todas las contingencias. Una vez, en plena guerra de Independencia apresa al coronel Francisco López, oficial culto, de carrera, quien dice a Páez que le fusile de conformidad con los reglamentos militares, mas, el caudillo, indolente, le hace cortar la cabeza. López había combatido a Páez durante largos años. Un día captura en Palmarito al teniente Vicente Peña, un valiente cabal. Este se niega a servir a la República. Lo dice a Páez, quien le aconseja sumarse a sus filas. Peña se niega y Páez, bien recomendado, le envía al campamento de la frontera para que le convenzan. Peña se resiste y al fin cede. Páez, complacido, le incorpora al grupo selecto y Peña combate en cien sitios: en el agua, en los esteros, anocheciendo, de madrugada. Prácticamente fue su brazo derecho. Estupendo sicólogo resulta ser esta vez el caudillo.

Tanto significó Páez debido a su audacia, que Bolívar, después de Ayacucho, pensó enviarle al frente de la expedición que atacaría a La Habana y Puerto Rico.

Recordando a Madelin en su biografía de Talleyrand, podríamos decir que cada vez que nos internamos por ciertos vericuetos de nuestra historia, nos encontramos con Páez. Este hombre acusa una dimensión singular en la formación de la Venezuela que arranca de la hora de Carabobo. Si en Páez hay que admirar sangre fría en los asaltos, no menos admirable es su dominio sobre la emoción, como en la vez aquella en que el sanguinario Antonio Puig, Gobernador de Barinas, le pone en capilla nuevamente, con grillos, acompañado de 115 soldados que debían ser sacrificados al amanecer. Sumido en cavilaciones, bajo el ojo del carcelero, Páez, de repente escucha gritos en la plaza. Fue, que ante un alerta realista, respondieron muchas voces del lado opuesto del Santo Domingo viva-queando a la América libre, llamándose los soldados de la muerte, el ejército de las ánimas. Puig y sus tropas huyen. Amigos de Páez le sacan de la cárcel y él a su vez libera a los 115 presos. La confusión de los realistas se debió a que tuvieron noticia de la rota de Yánez en Araure y midieron el peligro. Cuando el Libertador regresa a Venezuela en 1826, desde Coro dice a Páez: usted me debe la existencia. Se refería al triunfo obtenido en Araure trece años antes y que había favorecido a Páez, en Barinas, cautivo, y en capilla.

Hablemos ahora de La Cusiata, mal comprendida y peor interpretada. Decir que Páez fue el factor central, el origen de la integración de Venezuela, revela poco análisis del proceso. Hay que estudiar las causas de índole geográfica, política, económica, social. Hay que revisar el movimiento político que se inicia en Caracas en 1822, se afianza en Valencia el 30 de abril del 26 y culmina en el Constituyente de 1830. Sin duda Páez coadyuva activamente en la empresa, mas la causa es de otro origen. Asomémonos al hecho geográfico sin olvidar que el gran pensador francés Fernand Braudel, dijo:

En el primer plano de la escena, detrás de toda la historia humana hay un factor cambiante y decisivo en sus intervenciones: el medio geográfico.

La integración venezolana era irreversible: rotas las partes al crear el Libertador a Gran Colombia, con el tiempo, tales partes buscan el ensamble, el regreso al origen, al suceso de 1777, cuando Carlos III, el más grande rey de España, por R.C. de 8 de setiembre, prácticamente crea a Venezuela al agregarle a la solitaria provincia de este nombre, las de Guayana, Maracaibo, Cumaná, e Islas de Margarita y Trinidad. Se conformaba así un país que excedía del millón de km². Posteriormente la Real Audiencia, la Intendencia y el Real Consulado, redondearon el perfil institucional. La acción de este rey obedecía a la sugestión de José Solano, un extraordinario Gobernador que tuvo el país, quien logró que el monarca agregase Guayana a Venezuela. Este fue el punto de partida de la integración posterior. Otros factores intervinieron: el Obispo que parte de Caracas en misión de acercamiento; el estudiante que va a la capital como mensajero activo de la provincia; el comerciante viajero que lleva frutos, reses y mercancías, creando vínculos. Aquella Venezuela pujante, da vergüenza decirlo, ha sufrido mutilaciones debido a la flaqueza de algunos gobernantes, a consejeros intonsos, a la actitud irresponsable de ciertos venezolanos y a la rapacidad de Gran Bretaña. La tragedia de límites ocupa todo el siglo XIX y los laudos de 1891 y de 1899 son dos pausas amargas, dos hechos fatales que pusieron a Venezuela al margen, pues en uno, la representación nuestra fue nula, y en el otro, Venezuela, de orden superior, estuvo ausente.

Ocurre que quien tuvo la intuición de crear, tuvo también la intuición genial de prever el fracaso. Desde Jamaica, en 1815, Bolívar, cuatro años antes de fundar a Gran Colombia, plantea que

desea formar en América la más grande nación del mundo. Nueva Granada se unirá a Venezuela. . . Ya que tienen un origen, una lengua, unas costumbres, una religión. . .

Más de inmediato alerta y adelanta:

mas no es posible porque climas remotos, situaciones diversas, intereses opuestos, caracteres desemejantes, dividen a la América. . .

Ahora bien: en el momento en que Bolívar crea la Gran Colombia, se justificaba el hecho porque el Libertador, estadista y político, necesitaba deslumbrar e impresionar a la Europa continental aún bajo la tiniebla de la Santa Alianza, dándole vida a una nación inmensa, plena de riquezas y que miraba a los dos grandes océanos. Los triunfos militares inmediatos prolongan universalmente la gloria del héroe. Pero a poco comienzan las grietas del edificio: el Cabildo de Caracas jura con reservas la Constitución para adversar a Bogotá como capital y a Santander como Vicepresidente. El motivo central de todo esto es la integración de Venezuela y los sucesos que ocurren luego parecen haber sido planeados desde Caracas. Por ordenar Páez una recluta en acatamiento a leyes y reglamentos militares, el Intendente de Venezuela, general Juan de Escalona acusa al caudillo ante

el Gobierno de haber atropellado al pueblo de Caracas y lo mismo hace el Cabildo ante la Cámara de Representantes. Y suceden cosas que van más allá del asombro: el Senado admite la acusación contra el caudillo y sin oírle, le suspende, y al día siguiente el Vicepresidente Santander, habiendo declarado que lo de Páez eran fruslerías, con ligereza ajena al buen gobernante, reemplaza al caudillo por Escalona, su enemigo y de inferior graduación. Así se unen, en aquella hora terrible, burla, desprecio y escarnio. Así fueron los hechos, exactos, severos. Santander parece ignorar, no obstante el inmenso talento político que le atribuyen, que al suplantarlo al caudillo por Escalona, había firmado la disolución de Gran Colombia. Cuando la política entra en maridaje con la intriga, surgen contradicciones: por cumplir con la ley Páez es depuesto, y al negro Infante fusilan por el crimen cometido por Jacinto Riera, según testimonios del notable historiador payanés Cordovez Moure.

Cuando Bolívar penetra en Venezuela en 1826 observa que quien estaba alzada contra Bogotá era Venezuela. Cerca de Naguanagua abraza a Páez, no sin antes decirle por medio de un decreto y una carta ciertas expresiones severas. Con el abrazo le entrega su espada, una condecoración a su rebeldía. Obsérvese que quien podía mejor apreciarla era él, Bolívar, por haber sido siempre un rebelde atemperado, por ser venezolano, militar, sicólogo y por conocer a fondo el substrato y la raíz del alma criolla.

Luego el caudillo plantea al Libertador la situación del país que ansiaba reformas; sus compromisos en Apure, la hostilidad de Santander, la inquietud general, agregando que no obedecerá más a Bogotá ni a la Constitución, y que si no estaba de acuerdo, le diera su pasaporte. Bolívar analiza la descomposición de Venezuela, la ambición del caudillo, y pensando en realidades, que es como en momentos cruciales actúan los grandes hombres, decreta la amnistía y nombra a Páez Jefe Civil y Militar de Venezuela. Bolívar ha comprendido la imposibilidad de cumplir el acuerdo de Tocaima y así lo participa al Vicepresidente, a quien parecía importarle poco la guerra. Cuando aprecia que ha perdido la jugada, arrecia la campaña que por la prensa había desatado contra Bolívar, una infeliz campaña pagada con fondos del Gobierno, y en vez de analizar el proceso político al cual ha contribuido degradando a Páez al reemplazarle por un militar inferior, pierde las perspectivas y comete el error de acompañar entre músicas por las calles de Bogotá al emisario del Coronel José Bustamante, quien ha dirigido un motín en la ciudad del Rímac, motín pagado por el Gobierno y la nobleza limeña, y remitido a Bogotá, presos, a los militares venezolanos. Esto lo dice el historiador colombiano presente en los sucesos, el general Joaquín Posada Gutiérrez. Cuando el Libertador supo el apoyo de Santander a Bustamante, rompió con el Vicepresidente.

Seguidamente Páez apoya la dictadura de Bolívar en 1828 a raíz de disolverse la Convención de Ocaña, una rara dictadura que convoca a elecciones al año. Un ilustre pensador colombiano dijo que no entendía que eso fuese dictadura, en atención a que todos los entes municipales habían pedido la presencia del Libertador en el Gobierno.

El tema monarquía fue comidilla de muchos para enrostrársela al Libertador en forma aviesa. Hoy es necedad repetir que el Libertador rechazó siempre la monarquía. Varios corresponsales extranjeros mintieron a su antojo diciendo que el Libertador simpatizaba con tal forma de gobierno. Eso estaba dentro de su oficio, en su negocio, porque ellos fueron enviados a América para adular el pensamiento de Bolívar. En 1826, éste dice a Páez en carta que tuvo y ha tenido siempre amplia difusión, cómo ha reaccionado ante su enviado Antonio Leocadio Guzmán y ante su carta, de perfil monárquico. Páez dirá después que no envió esa carta y que jamás recibió respuesta. Parecen esguinces que ofrece la política. No dudamos que Páez enviara dicha carta, pues la palabra del Libertador es documento, mas sí pensamos que debió ser enredo de algún satélite del caudillo. Bolívar dice que la letra de la carta es de Carabaño. Páez, por formación, ambiente y carácter jamás ha podido ser monárquico. Ocurre también que se estudia siempre al Páez militar, al Páez estratega y no se analiza al político y cuántas sorpresas se conocerán el día en que este ilustre caudillo sea estudiado en esa nueva dimensión.

En la magnífica y esclarecedora *Colección de Documentos Anales de Venezuela*, que en este 1990 está cumpliendo un siglo y que es raro que no haya sido reeditada, hay una noble carta de Urdaneta para Páez, carta de 9 de febrero de 1830, donde aquél dice al caudillo la injusticia que se comete atacando al Libertador como simpatizante de la monarquía. Urdaneta expone que después del 25 de setiembre de 1828, varios hombres, entre ellos él, Urdaneta, deseaban “un tránsito en las formas de gobierno”, horrorizados por los desórdenes y la intranquilidad reinante. Usted me respondió —continúa el héroe zuliano—, de que nada hará si Bolívar no lo ordenaba y yo escribí que nada haría entonces porque el Libertador no aprobaría jamás dicho proyecto. Y termina Urdaneta exponiendo al caudillo que si de toda su correspondencia resulta que Bolívar adversaba a la monarquía ¿por qué se le ataca?, ¿por qué tanta injuria? Meses antes, Soublette avisa recibo a Urdaneta de una carta de setiembre relativa al proyecto monárquico. Soublette dijo: . . . “su carta me ha enfermado y reducido a un estado miserable” y agrega: “si se adopta esa forma de gobierno, tendremos la guerra civil y ésta nos volverá a la dominación española”.

En cuanto a lo que Urdaneta manifiesta de que Páez necesitaba que Bolívar le ordenara para actuar, nada más lejos del pensamiento del caudillo. Fue un esguince, una respuesta destinada al papel, una maniobra verbal.

Volviendo a la separación de Venezuela, razón política de Páez, existen numerosos documentos en que Bolívar la acepta, y a la vez hace consideraciones sobre la armonía que debe existir entre los dos pueblos. Comprendió el sociólogo la realidad que tenía por delante y el caos si no ocurría la separación. Los que se oponían eran los Secretarios de Estado, pues cuando el Libertador les participó su decisión para que se dividiese Gran Colombia, éstos le contestaron rogándole que no publicara su pensamiento por los males que iba a causar.

En 1826, año en que se precipitan todas las crisis, el Libertador, asqueado y amargado, en carta escrita con hiel, dice a Santander desde la Magdalena el 7 de junio de 1826:

Si a Páez lo quieren estrechar los señores del Congreso para que vaya a Bogotá, y él desobedeciere, yo no tengo la culpa de semejante desatino. Si la Constitución y las leyes que ha dado el Congreso tienen arruinada la República, yo no tengo la culpa.

Si la gente de color se levanta y acaba con todo, porque el gobierno no es fuerte y la locura de todos los convida a tomar su puesto, yo no tengo la culpa.

Si a Páez y a Padilla los quieren tratar mal sin emplear una fuerza capaz de contenerlos, yo no tengo la culpa. Estos dos hombres tienen en su sangre, los elementos de su poder, y por consiguiente, es inútil que yo me les oponga, porque la mía no vale nada para el pueblo.

Esta carta del Libertador es una crítica al Congreso, a Santander, a las leyes inadecuadas y a la falta de observación y tino del Vicepresidente, quien ya tenía más de cinco años al frente del Gobierno.

Oigamos ahora, en síntesis, el análisis de un proceso que no había sido estudiado sino en la político. Oigamos las razones de índole económica en las cuales fincó su odio al Libertador la oligarquía colombiana, la de Medellín y Río Negro, según la severa exposición del altísimo pensador colombiano Indalecio Liévano Aguirre:

Cuando el Libertador asumió la dictadura en 1828, se proponía conseguir que la República fuera vía amplia y generosa para todos los ciudadanos y no monopolio de esa oligarquía simuladora de cultura, cuya conducta y filosofía social, a lo largo de 150 años presenta los resultados que en 1957 describió la Misión Le Bret: "La estructura de Colombia en capas sociales es una estructura anormal que recuerda la de las castas. Cuatro por ciento de la población dispone del cuarenta por ciento de los ingresos de la nación; quince por ciento de ella recibe el veinticinco por ciento y ochenta por ciento obtiene apenas el treinta y cinco por ciento de dichos ingresos.

La Cosiata sigue su curso porque es la expresión de Venezuela. Fue un movimiento nacional que buscaba el origen; movimiento que obedeció a leyes deterministas, esas que la filosofía establece como componentes de la realidad. De los historiadores nuestros, Vallenilla Lanz y Parra Pérez vieron sus bases geográficas, otros han seguido clamando en el vacío, deformando la historia, diciendo que Páez traicionó a Bolívar. El Libertador, en la segunda mitad de 1829, varias veces dijo a Páez que le autorizaba para que convocase a los pueblos y éstos manifestasen con libertad qué gobierno querían. La muerte de Gran Colombia ocurre casi con la de su creador. Parece ser éste el destino de hombres y acontecimientos que hallaron estrecho el ámbito en que les tocó actuar. Realizada la separación, es doloroso consignar la actitud indigna y baja del Constituyente de Valencia, al proscribir al Libertador con frases que serán siempre testimonio de vergüenza.

Del brazo del caudillo, Venezuela estrena perfil republicano.

Páez, durante sus presidencias, utiliza a los hombres más capaces —ya lo dijimos— y su administración es sobria. A pesar de tal acierto, su gobierno es cerrado. Da la impresión de complacer a la oligarquía de Caracas y Valencia y ésta le llamará Ciudadano Esclarecido. Prueba de tal complacencia fue la ley de libertad de contratos, la ley de 10 de abril, la célebre ley de la usura que Fermín Toro censurara con su acostumbrada lógica. Tal ley la llevó al Gabinete el grupo que creía en las excelencias del liberalismo económico, tan en boga en varios países europeos.

Bajo su Gobierno Páez tolera los excesos de aquella prensa que parecía un avispero y se crean el Partido Liberal, primer Partido de oposición y el periódico *El Venezolano*, de Antonio Leocadio Guzmán, a quien el doctor Angel Quintero ha hecho salir del Ministerio del Interior. Páez es quien da perfil a esta Venezuela que estamos padeciendo. Cuando el delirio anarquista de Pedro Carujo, el mismo que quiso asesinar al Libertador en la noche de setiembre, echa por tierra la República de Vargas, Páez es quien devuelve majestad a las instituciones y Vargas regresa. Páez fracasa en el perdón a los reformistas ante la negativa del Congreso y de Vargas. En defensa de la ley de patronato tiene diferencias con el Arzobispo Ramón Ignacio Méndez, quien finalmente acata la Constitución. Páez efectúa el traslado de los restos del Libertador desde Santa Marta con la pompa y grandeza dignas del héroe. En 1836 realiza una hazaña que alcanza hasta el delirio: en Guayana y Apure se alzan los Farfán, antiguos compañeros suyos, lanceros terribles que han acorralado a Cornelio Muñoz en San Fernando. Páez sale a combatirles con doscientos hombres mientras que los Farfán pasan de mil. Cerca del Payara ocurre el choque brutal donde caen muchos. Juan Pablo Farfán ataca personalmente a Páez, mas éste se salva porque Rafael Salinas, su ayudante, en un revés sorpresivo, con su lanza le abre el cuello a Farfán. Por esta hazaña le llamaron el León de Payara.

Los Farfán se habían alzado reclamándole a Páez que qué era eso de impuestos que les estaban cobrando y que ellos jamás pagarían. Eran hijos de la guerra y llevaban quince años de paz.

En este combate parece que le dio a Páez un ataque epiléptico que también le diera en Chire y en Carabobo, cuando le salvó el antiguo capitán de Boves, Antonio Martínez, quien tomó las riendas del caballo cuando vio al caudillo convulso y lo entregó a Alejandro Salazar que lo condujo al campo republicano. No es extraño el gesto noble de Antonio Martínez porque era llanero de Calabozo.

Es inútil hacer el recuento de las acciones de guerra en que intervino Páez. Baste decir que por nueve años, desde 1812 hasta el 21, lucha de sol a sol. Un detalle explica mucho: el general Pablo Morillo, el más terco y capaz jefe de ejércitos españoles en el país, después que Páez le quebranta en Queseras del Medio, no combate más en Venezuela.

En Páez se opera un proceso cultural admirable, pues del hombre que apenas sabía firmar durante la guerra, cuando alcanza la Presidencia de la República va a deslumbrar a Venezuela. Bajo su gestión instala Montenegro Colón, que había sido realista, el Colegio Independencia y logra que varios padres de familia inter-

vengan. Montenegro, bajo el estímulo de Páez edita su *Geografía*, que no es sólo geografía sino una *Historia de Venezuela* en varios volúmenes. Páez crea la Academia de Matemáticas bajo la dirección de Juan Manuel Cagigal y la Sociedad Económica de Amigos del País y decreta colegios en cada una de las capitales de provincia; ayuda a Rafael María Baralt para que publique en Europa su *Resumen de historia de Venezuela*, una historia de prosa bien labrada, y también a Agustín Codazzi su *Atlas* y su *Geografía de Venezuela*. Hacia 1865 publica, comentándolas, las *Máximas de Napoleón* y por esos años sale su *Autobiografía*, en la cual actúan el guerrero y el político. En tal obra no dirá cuántas veces dejó de obedecer al Libertador. Por allí alegrará que tuvo inconvenientes en la Campaña del Centro debido a que los caballos sufrían de los cascos por los caminos pedregosos en las zonas de Ortiz y Rincón de los Toros, pero nada dirá en 1819, cuando el inmenso ejército de 6.000 hombres marche hacia Carabobo por caminos idénticos a los de Ortiz y Rincón de los Toros. Esta vez el problema no era de cascos, era de otra índole. Durante la Campaña del Centro, el prestigio del Libertador estaba deteriorado, al extremo de que el historiador Yanes, actor de los sucesos, asienta que algunos oficiales faltaron respeto y consideración a Bolívar. Recuérdese lo dicho por el Libertador a Bríon sobre el empeño de Páez de ir a tomar la Plaza de San Fernando, que se habría rendido con un simple bloqueo. O'Leary refiere un hecho de rebeldía en Apure, en el ejército de Páez. El coronel Henry Wilson, con un escuadrón de ingleses, se empeña en desconocer al Libertador ofreciéndole la jefatura a Páez. Bolívar, categóricamente, dice a éste que a Angostura ha llegado el escándalo de la sedición de Wilson, que él dice no tuvo en ella la parte principal; lo he hecho arrestar para seguirle el juicio respectivo y que espera le envíe la representación o acta firmada por algunos de los principales jefes de su ejército en que nombran o piden a usted por capitán general. Páez no envía tal representación y como que no vio con seriedad el intento rebelde. Finalmente Bolívar dio de baja a Wilson en el ejército y le expulsó del país. Parra Pérez dice que este Wilson formaba parte de dos o tres espías más al servicio del Duque de San Carlos, embajador de Fernando VII ante la corte inglesa.

Las diferencias entre Páez y Bolívar pueden apreciarse en las siguientes frases de éste para el caudillo en octubre de 1818:

Jamás he desconfiado de Ud. pero también le aseguro que en mi opinión jamás ha obedecido Ud. lo que yo he mandado y tal vez es esta la causa porque se ha encaprichado Ud. en que yo desconfío; que he dado a Ud. facultades que ningún otro jefe tiene... El general Anzoátegui dirá a Ud. lo más que desee saber y todo lo que yo deseo que usted sepa y ejecute.

Era la anarquía. El coronel Juan Guillermo Iribarren, a quien Bolívar ha dejado observando a Morillo después del asalto que le diera en Calabozo, le deja salir de la ciudad y después participa que ignora el camino que ha tomado. Este Iribarren es el mismo que desertará él o parte de sus tropas de Guasualito al saber que el Libertador había dispuesto la campaña de Nueva Granada. Como que no aceptaban estos llaneros de Apure cambiar su escenario por los páramos andinos. Páez, en definitiva, no parece haberse dado cuenta de que el angustiado

Bolívar de 1818, en el Guárico, un año después será el flamante estratega que arrebate a España en tres batallas el Virreinato de Santa Fe.

El panorama político de 1846 es distinto. Páez es el centro del poder y desde luego arrastra los múltiples complejos que el poder conlleva. Todos abusan de la prudencia del Presidente Soublette, incluso Páez. La propaganda de *El Venezolano* ha despertado inquietudes en el pueblo y ahora el registro electoral incurre en el error de anular varias actas por ser los electos enemigos del Gobierno, es decir, liberales. Páez acepta la responsabilidad de Jefe del Ejército y sale en campaña a perseguir a los revoltosos Ezequiel Zamora, José Francisco Rangel y Calvareño. Páez lleva a su lado al doctor Angel Quintero, que mastica odios porque Rangel le ha saqueado su hacienda de Yuma. En zonas de las futuras provincias de Guárico y Aragua se combate. En Laguna de Piedra Zamora bautiza su estrategia combatiendo con fusiles oxidados y lanzas de píritu. Páez comete atropellos en Güigüe y Magdaleno y estuvo a punto de que lo ultimasen. Bajo su responsabilidad están hombres sombríos como el coronel Doroteo Hurtado, que apresa a Rangel con fiebre y le hace cortar la cabeza, y por sugestión del general José Marí Zamora, prócer de la Independencia, la envían al Presidente Monagas envuelta en un saco, según documento que publica Francisco Tosta García. Monagas repudia el hecho, mientras Páez, allí presente, permanece impasible. A Calvareño sentencia a muerte el licenciado Luis Sanojo, después ilustre jurista. 1846 es un año que exige interpretación porque es el comienzo del estallido social que será realidad trece años después cuando estalle en Coro y Portuguesa la Guerra Federal. A tal año le sirve de marco el célebre juicio de imprenta donde el juez Isidro Vicente Osío, temeroso de la turba de Antonio Leocadio Guzmán a quien seguían juicio y que le invadía el recinto, pide al Presidente Soublette que le envíe fuerza para imponer el orden, y Soublette, soñando hallarse en un país civilizado, dice al emisario: Diga usted al juez Osío que toque la campanilla. Monagas conmuta las sentencias de muerte a Guzmán, a Zamora, a Aguado, a todos, y languidecen los 456 procesos que por conspiración existían en los tribunales, procesos inspirados o dictados por el Ministro Cobos Fuerte y el auditor de guerra Angel Quintero. La ruptura entre Páez y Monagas se inicia con dichas conmutaciones. 1846 señala un cambio de frente en la pugna ideológica. Se cambia el estilo de Páez, que tenía 25 años, conservador, respetuoso de la prensa, por el de Monagas, violento a veces, apoyado por el grupo liberal que había sufrido muchos atropellos y era responsable del asalto al Congreso. Se pudo ver, con este cambio, que el sol podía dar luz también a otros grupos sociales.

En las elecciones del 46 se presentaron pruebas de mística liberal. El señor Manuel Montenegro, de San Carlos, vota en Valera por Guzmán a quien tenían detenido por conspirar y a la vez manifiesta su simpatía por éste.

El Presidente del Colegio Electoral le dice: Señor: Guzmán está enjuiciado, respondiéndole Montenegro: Voto por el enjuiciado. Señor, repitió el alto funcionario, es como votar por un muerto, a lo que Montenegro, de pie y en alta voz, dijo: —Voto por el muerto—. También es esa hora en que Venezuela estrenaba algo nuevo, el gran periodista Juan Vicente González, que había abando-

nado a los liberales, probó que no sólo era un gran periodista, sino un gran policía.

Rafael Acevedo, que ocupó altos cargos y estaba en el secreto de la política, ha referido en un opúsculo de difícil acceso, el error de Páez al llevar a Monagas a la Presidencia y alzarse luego al comprobar que el caudillo de oriente no resultó una marioneta. El 24 de enero las turbas liberales asaltan al Congreso. Tienen esa responsabilidad ante la historia. Desde el 3, Páez ha abandonado a Caracas vía El Rastro, donde organiza su alzamiento. Ha dejado su familia —según Parra Pérez— al cuidado de David, agente diplomático francés. Monagas le participa lo ocurrido y Páez le responde con acritud, pero está desconcertado, va al azar. Las grandes tragedias políticas el hombre las supera si ha podido dominar las tragedias del corazón. Páez, ante el amor, era como todos, cordial y simple. El 16 de enero, a 8 días de la tragedia del 24, muere Barbarita Nieves, una bella y talentosa mujer que por 27 años ha irradiado ternura en la vida de Páez, calla la voz que supo dar orientación al político, se extingue la luz amable que aclaró las tormentas del caudillo. En cartas que poseemos se mide el dolor de aquel hombre cuando ruega al doctor Carlos Arvelo, estante en Caracas, que vuele a Choroni, a Maracay, para que asista a Bárbara, que sólo cree en usted, dice angustiado. Las cosas del afecto: el hombre que vio los cien rostros de la muerte, ya ante el cañón o ante filos de lanzas, solloza como un adolescente pulsando aquella agonía. Y qué hondas y realistas sus palabras en el momento definitivo: Se apagó mi estrella. Y fue profeta.

Luego se alza en El Rastro y por primera vez le mira el rostro a una realidad distinta. Lejos las glorias obtenidas a golpes de audacia. El poder es un monstruo que absorbe y ahora estaba en manos de Monagas que era duro y no correspondió a ciertos gestos nobles que Páez tuvo con él. Con tristeza verá el caudillo el abismo que existe entre la gloria militar originada por una causa noble y la triste gloria que nace del hecho político. Este alzamiento fue como un intento de parecerse a aquella Venezuela ardida que combate siempre, unas veces con bandera, alguna vez con mística y en pos de un sueño donde la hazaña era meta sin aprendizaje. Los pueblos le vieron con indiferencia. Solamente la sociedad de Valencia, Caracas, La Guaira y Cumaná, alivió las penas del cautivo. Las ofertas de ayuda que le hicieron desde Coro y Maracaibo, no aparecieron. Páez se dirige al Apure y en el sitio de Los Araguatos en la vía de Apurito, le bate su antiguo teniente Cornelio Muñoz. Fue un choque donde Páez perdió 200 hombres. Viaja a Nueva Granada, Las Antillas, La Vela y desilusionado celebra en Campo Monagas, en los llanos de Cojedes, un tratado con el general José Laurencio Silva y se entrega. El gobierno no aprueba dicho tratado y el caudillo, con sus compañeros, es conducido a Caracas y finalmente a Cumaná, al Castillo de San Antonio de la Eminencia. En el trayecto de Valencia a Caracas ocurren hechos vergonzosos: el gobernador Joaquín Herrera, en Valencia, le hace poner grillos que le quitaron en Guacara. Este Joaquín Herrera es el mismo que diez años después traicionará a Monagas. En Cumaná, la nobleza, bajo el nombre de Dominga Ortiz, la compañera con quien casara en 1809 y a quien abandonara, la misma que le sirviera de lazarillo en Barinas, cuando estuvo en capilla

diligenciará su libertad y hará llegar al Congreso una representación en tal sentido. Había consenso en la opinión porque se le perdonara. Un considerable número de diputados votó por la amnistía, fracasando, entre ellos, el diputado Manuel Antonio Matute, de oriente, familiar del Presidente Monagas, actitud en extremo honrosa. Finalmente, acosado por la opinión y la prensa, el Gobierno dicta decreto extrañando al caudillo.

La presencia de Monagas en el Gobierno había detenido la Guerra Federal, no porque lo hubiese intentado de exprofeso, sino porque sus generales fueron los que la proclamaron: Ezequiel Zamora, Juan Crisóstomo Falcón, José Desiderio Trías. También contribuyeron a su estallido las circunstancias en que se hallaba el país, la convulsión latente en que vivía la masa después de los alzamientos frustrados de 1846.

En 1858 Páez regresa a Venezuela y espera que le llamen al Gobierno, no obstante que Manuel Felipe de Tovar, cuando organiza la insurrección le ha hecho saber que existía consenso en confiarle la jefatura del movimiento a un general al servicio de Monagas, que vino a ser el general Julián Castro, quien en un día de marzo jurará lealtad al caudillo de oriente. y en otro día de marzo se alzarán con las tropas de Carabobo. Este Castro venía de un gesto indecoroso: intervino como capitán en el motín de Pedro Carujo contra el Presidente Vargas.

En Nueva York rinden homenaje al general Páez. Allí siempre se los rindieron, más ahora podía haber un interés especial al saber que el caudillo gozaba de amplio prestigio en la política del país. La Convención reconocerá a Páez su sueldo íntegro de general en jefe. Como no ve éxito en lo que aspira, regresa al norte. Hacia 1860 le ofrecerán el Ministerio de Guerra y Marina y no acepta. Esta vez hablará de armonía, de paz, de acuerdo con su jefe de propaganda, el periodista Pedro José Rojas. La guerra federal arde por los cuatro costados. Luego le ocupan en una plenipotencia extraordinaria ante el gobierno de Estados Unidos, que nada tenía que ver con el problema, pues se trataba de un reclamo del terco Ministro español Romea y Yanguas sobre la muerte de canarios en la guerra federal, problema que Fermín Toro, Embajador Extraordinario, arregla en un diálogo con Isabel II, una gran reina de España que tuvo más de una vez deferencias por Venezuela.

Después de Monagas, hasta la llegada de Guzmán Blanco, a los que arriban al Gobierno les falta estatura. Falcón muy valiente, muy hidalgo, pero no sabía administrar y como que le tenía asco a la política. El pueblo combatía en la búsqueda de algo distinto y lo hace por cinco años y parece que el único que ha podido comprenderle había caído en San Carlos un 10 de enero. De aquí resulta que el pueblo seguía inmenso, mientras sus jefes resultaban enanos. La Guerra Azul estalla porque era efecto de la quiebra de la Federación y surge el Viejo Monagas, casi nonagenario, con los intestinos deshechos por la tuberculosis. Muere de inmediato y surge Guzmán Blanco que impone el Septenio y el Quinquenio. Venezuela no era más que un sudario. Por encima de sus apetencias de dinero, Guzmán Blanco, con violencia y carácter, crea el estado moderno.

Venezuela continúa entre descargas. Pasa Manuel Felipe de Tovar con sus millones y su indiferencia. Pasa Julián Castro, ignorante de todo. Pasa el ilustre Pedro Gual, cabeza organizada para una hora de armonía. Pasa Falcón, interesado más por Churuguara que por Caracas. Ante la renuncia de Tovar, Gual se encarga del gobierno y nombra a Páez Jefe del Ejército y a Quintero, en principio, Ministro del Interior y luego Secretario General del Jefe del Ejército, sin duda, para observarle, lo cual debió alertar al caudillo. La situación era un rompecabezas: Gual desconfía de Páez, éste, de Quintero porque es el Designado, y el mismo Quintero va como ciego. Era una hora a tientas, de caos. Lo único que la salvaba era el respeto a la ley. Ramos, jefe de tropa en Valencia se pone a las órdenes de Páez y en esta ciudad dicen al caudillo las mismas palabras del 30 de abril de 1826, las mismas palabras de 35 años atrás: Usted es el único que puede salvar a Venezuela, y él no lo duda. Entre tanto, Páez manda a decir a Quintero que él no le encuentra empate a esa legalidad, y a Francisco González y a Luis Iribarren, de Valencia, les manifiesta con maña, contando las palabras:

De mi no esperen que les trace camino, procedan como crean más conveniente que lo que soy yo me voy por el arrasao.

En lenguaje llanero, arrasao es la trocha aldeaña, inmediata, limítrofe al camino real. Ningún misterio envolvían las palabras del caudillo. Mal estaba Quintero al no entender la filosofía llanera. Tampoco escuchó a su sobrino, quien le dijo que cuando se hallara al lado de Páez tuviese bien abiertos los ojos. Este ha dicho a Quintero que se quedará 15 días en el camino, una tregua y un alerta. Gual escribe a éste que posiblemente sería llamado al Poder Ejecutivo, un sueño del que navegaba entre principios. Pedro José Rojas, con la carta de Páez en la mano, logra que Echezuría, del cuartel de Ocumare, sea trasladado a Caracas y como ve el camino sin tropiezos, precipita a Páez, ya senil, hacia la dictadura. El 29 de agosto, Echezuría detiene a Gual y proclama a Páez Jefe Supremo de Venezuela, mientras Gual deja caer sus palabras como piedras sobre el rostro de Echezuría: *Tan joven y ya traidor.*

Ahora bien: la tragedia de Angel Quintero tiene una dimensión que exige análisis. El ha servido a Páez, incondicionalmente, por más de un cuarto de siglo y siendo el Designado, el Presidente, al salir Gual, ve tronchada su esperanza precisamente por Páez, su amigo, su confidente, su jefe, quien se ha guiado por la ambición de otro y en una aventura que gloria alguna iba a agregar a su brillante hoja de servicios. La actitud del caudillo fue más allá de toda inconsecuencia. El *Manifiesto* que publica Quintero en Puerto Rico en 1862, impreso en Boston, destila amargura pero está regido por una impresionante nobleza.

Ante la dictadura aparecen los gestos nobles del capitán José María Aurrecoechea Irigoyen, quien quiebra su espada y la lanza a los pies de Echezuría y de Rojas y del general Angel Ruiz, en Zaraza, quien también quiebra su espada en señal de protesta. Aurrecoechea caerá luego combatiendo por la libertad de Cuba.

La dictadura fue escenario para que el periodista Pedro José Rojas llegase a Secretario de Hacienda, Secretario General y Sustituto, con apetito singular por los empréstitos extranjeros.

Debido a un combate en Chupulún, Petare, donde mutilaron a muchos cadáveres de soldados del Gobierno, Páez, enojado y en cólera, espada en mano, hizo sacar violentamente de la cárcel a los generales Herrera y Paredes, y los hizo fusilar en la Plaza Mayor, hoy Plaza Bolívar.

La dictadura fue una etapa de cansancio, el naufragio de una clase que había perdido el rumbo desde 1847.

Páez entregará el Gobierno sin haber perdido una batalla. Sus subalternos han pasado a la historia como implacables ante el enemigo vencido: así fueron Mauricio Zamora, Manuel Baca. José María Rubín y Regino del Nogal estaban ya a un lado.

Páez ambulará por el extranjero y podrá medir entonces la dimensión de su grandeza: le rendirán homenajes Filadelfia, Nueva Jersey, México, Montevideo, Panamá, El Callao, Baltimore, Washington. Nueva York varias veces y en su deceso será una apoteosis. El Presidente Sarmiento le dará de alta en Argentina como Brigadier General y el Presidente Melgarejo, en Bolivia, como General de División. En el exilio argentino escribirá poesía y música para piano y violín. En el extranjero organizó industrias para vivir con dignidad. Recibió tres espadas de oro, del Libertador, de Venezuela y del rey de Inglaterra. El Decreto de Sarmiento es ejemplar:

Habiendo llegado a este país el general Don José Antonio Páez en prosecución de una modesta industria para sostener su vida en la más avanzada edad, y considerando que este ilustre guerrero es la más alta gloria militar que sobrevive a los tiempos de la Independencia y que sus hazañas reconocidas por la historia contribuyeron en gran parte a afianzar la independencia americana, Decreto, etc.

Finalmente, en 1888, el 19 de abril, el Presidente Hermógenes López, su ahijado, le llevará al Panteón Nacional.

Con sus errores y aciertos, Páez es una lección viviente de historia. A través de sus palabras se viaja al génesis de la Patria. De él baja un hálito superior nada común. Si tuvo ascendientes en la Casa de Felipe V, como por allí se ha dicho y que nada agrega a su gloria, a él le importó muy poco ese tronque. José Antonio Páez sólo tuvo un escudo: Venezuela.

* * *

Ante la historia, Páez aparece como godo y Monagas como liberal, y esto no responde al comportamiento de estos próceres. Páez era de carácter abierto, cordial, es decir, liberal, mas sirve a un grupo oligarca. Monagas aceptó al liberalismo para oponerlo a sus adversarios. Páez fue liberal porque perdonó a

José María Córdoba, desertor en Apure; por pedir perdón para los reformistas; porque perdonó a Monagas en 1831 en Valle de La Pascua y luego en 1835 en el Pirital del Roble, en oriente, convenio que con crítica y todo dio término a la revuelta de Las Reformas. Monagas fue duro al vetar el tratado de Campo Monagas, aunque de inmediato decretó el extrañamiento de Páez. Este como se ha dicho, escribió música y poesía. Monagas no tenía estas disciplinas, era austero, grave; Páez hizo fusilar a dos generales inocentes por represalia a los caídos en Chupulún, mientras Monagas conmutó todas las sentencias de muerte en 1846. Páez atropella en Güigüe y Magdaleno, unos dicen que por repeler un asalto, otros, que por cobrar los desmanes cometidos en la hacienda de Quintero, su Auditor de Guerra, por el guerrillero Rangel. A Monagas no se le conocen actos como éstos. Páez, por el lado materno venía de gente pobre y humilde, en cambio Monagas descendía por su madre de los Fernández de Miranda, gente de solera en la segunda mitad del siglo XVIII, los más poderosos latifundistas en Cojedes, Guárico, Anzoátegui y Maturín. Páez y Monagas se formaron en hatos, conocían la vida áspera y ruda del llanero, el uno, a la orden de culaquier caporal, como Manuelote, el otro estaba en el hato como dueño. Páez y Monagas llegaron a la Presidencia de la República con dinero. Páez recibió en pago de sus haberes militares magníficas haciendas. Ignoramos si Monagas tuvo iguales proventos. Monagas, cuando llega a la Presidencia era tal vez el hombre más rico del país, poseía 14 hatos de vacunos y negociaba en madera y tasajo con las Antillas. Me ha referido mi amigo, el historiador Marcos Falcón Briceño, que lo supo por su abuelo, que en Barcelona le ayudaron a embarcar centenares de onzas de oro que trajo a La Guaira cuando vino a encargarse de la Presidencia. Y algo de excepción en aquel momento en que la espada era ley, aquellos hombres administraron sin lucrar con los dineros públicos. Parecen símbolos en esta hora infeliz que vive Venezuela, con las disciplinas rotas y la corrupción ahogando cuerpos y almas.

En las plazas de los pueblos, a la sombra amable de samanes y palmeras, en las veladas de familia, junto a las topias, cuando la gente humilde hace el recuerdo del quehacer cotidiano o cuando el hombre, dialogando con sol o con luceros atraviese la llanura, José Antonio Páez no ha terminado su galope. El caudillo nos dice con duras palabras, desde el rucio tendido, la lanza cruzada sobre la silla, que defendamos lo que nos queda de identidad, lo que nos queda de austeras costumbres, lo que nos queda de lenguaje, de todas esas formas simples y nobles que son patrimonio, legado y razón de pueblo. Páez, cada 13 de junio, nos dice con la sobriedad conque creara la República, que seamos bastión moral y material en la defensa de nuestras fronteras. Exaltemos al Páez que llevamos en la sangre, ése que se encabritaba cada minuto, ése que censura nuestra desidia. Y que un nuevo Queseras del Medio sea antemural para la juventud que sueña y que mira el presente aturdida y conoce la trayectoria y el pensamiento de los hombres honestos que ha parido esta tierra.